

**¿PEÓN O ACTOR?  
CHILE EN LA GUERRA FRÍA  
(1962-1973)**

**Joaquín Fernandois**

En estas páginas Joaquín Fernandois plantea que la documentación presentada en esta edición de *Estudios Públicos* —la conferencia y la entrevista ofrecidas por el embajador Edward M. Korry, el trabajo de las historiadoras Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, así como los documentos anexos— tiene que ser comprendida en el contexto de las tensiones ideológicas del siglo XX de las que Chile fue testigo y parte. El país ha sido extraordinariamente sensible al desarrollo de la política mundial. Su vida política reflejó simultaneidad con la evolución de los acontecimientos mundiales. Esto explica, señala Fernandois, que en la polarización de los años sesenta y comienzos de los setenta, norteamericanos y soviéticos se multiplicaran en sus esfuerzos por promover en Chile políticas que estuvieran acordes con la lectura que hacían de sus propios intereses. Pero los actores chilenos no eran meros peones; estaban convencidos de que en esos términos —“socialismo”, “libertad”, “mundo libre”, “antiimperialismo”— se jugaban sus propios intereses. El embajador Korry fue testigo de esta interrelación, desde el enamoramiento de la administración Kennedy con la posibilidad de un gobierno “reformista” en los años sesenta, pasando por el financiamiento vago y estéril a una

---

JOAQUÍN FERNANDOIS, Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

campaña anticomunista en 1970, hasta su propia recomendación de apoyar a las fuerzas de oposición al gobierno de la Unidad Popular. Por otro lado, los soviéticos financiaron al Partido Comunista y veían con gran simpatía a la Unidad Popular. A su vez, ofrecieron tentadores créditos al Ejército chileno con la idea de “peruanizarlo” a mediano plazo. Pero no estaban dispuestos a ayudar a la “experiencia chilena” con un subsidio semejante al entregado a Cuba. A pesar de ello, sus admiradores criollos tenían a Moscú como el paradigma regulador de la política chilena.

**E**l impresionante testimonio que presenta *Estudios Públicos* en esta edición —las revelaciones del embajador Edward M. Korry y la investigación de las historiadoras Olga Uliánova y Eugenia Fediakova— no proviene de un deseo de proporcionar un “evento”. Se trata de dar la posibilidad de pensar la historia del Chile moderno como parte de un todo mayor, al cual los chilenos se han adherido en gran medida por un impulso que les es propio. Tanto la fuente norteamericana como la soviética dan cuenta de una sociedad que les irrita y les fascina, ante la cual no se está seguro ni de comprenderla del todo, ni de poder configurar su desarrollo cotidiano de manera significativa. Por otro lado, en Chile creemos tener una idea acerca de “lo que pasó”; o bien queremos olvidar esos años para cimentar el presente. Como sea, esta historia está con nosotros y nos sigue constituyendo, aun dentro de las circunstancias tan diferentes de este fin de siglo.

### Chile y el mundo

Apenas se miran las relaciones que Chile ha tenido con el “mundo” y la política mundial, se piensa en vínculos en la forma de líneas telefónicas, como cables que comunican al país con los “otros países”, ya sean nuestros vecinos o las grandes potencias. En realidad, no sin razón, si se le preguntara al público culto quién es nuestra contraparte internacional, pensará en los “grandes” como los sujetos del escenario internacional. En todo caso, según esta idea, Chile aparece como una isla con vínculos comunicacionales con el mundo y que se relaciona con éste mediante una serie de estímulos que van y vienen. No pocos países del mundo deben tener a su vez esa imagen de sí mismos. En esta imagen, la diplomacia, la estrategia y, a veces, las relaciones comerciales aparecen como las formas de encarar esas comunicaciones.

En ocasiones esta percepción está complementada o empujueñecida por otra: la de que este país no sería más que un reflejo de fuerzas globales y, en primer lugar, de las grandes potencias. El “imperialismo”, de signo a gusto de cada cual, sería el verdadero actor internacional. Y aquí no se tiene en mente sólo a las fuerzas del Estado. Es decir, no sólo el gobierno de turno debería inclinarse ante los dictados “externos”, sino que diversas fuerzas en el país, ya sea algunos partidos políticos, la “oligarquía” o el Partido Comunista, también obedecerían a intereses esencialmente “foráneos”. El sentido de la independencia estaría, entonces, en romper estos lazos. Muchas veces la política nacional fue legitimada recurriendo a estas imágenes. En otras palabras, a lo largo del siglo tanto izquierda como derecha, y su correlato, el centro, han recurrido a la fácil imagen del “antiimperialismo” para promover sus persuasiones.

Lo que pocas veces se ha reflexionado es que, al menos desde nuestra emancipación, y con mayor fuerza desde hace un siglo, países como los nuestros fueron parte de una sociedad mundial que crece inacabablemente, aunque las fronteras entre las sociedades no llegan a borrarse ni, probablemente, jamás se borrarán. Esto sucede porque Chile pertenece a un *sistema internacional*, un conjunto interrelacionado de actores cuyos intereses y gravitación no pueden ignorarse sin grave peligro para el país. Aun hoy día, después de la Guerra Fría, vivimos al interior de una cadena de fuerzas denominada “sistema de Estados”. A lo largo del siglo, esto era todavía más cierto. La situación no se presenta como un callejón sin salida, pero los diferentes responsables han tenido opciones claramente restringidas.

Nuestra integración al mundo, en efecto, no ocurre sólo mediante relaciones Estado a Estado, sino que también de otra manera, más sutil, pero no menos real. Hemos construido la imagen de nosotros mismos a partir de una sociedad donde la voluntad política, la voluntad de Estado como espacio público, ha sido un ingrediente básico de la vida colectiva y de la inspiración de individuos y grupos. Esto crea un campo de fuerzas que no es fácilmente manipulable por la voluntad de los grandes, en caso que éstos quisiesen hacer de titiriteros. Pero también las fuerzas y las personas que han sido líderes fueron educadas en el torbellino de la *política mundial*, es decir, sus percepciones de “lo que se debe hacer” se formaron en las fuentes de la cultura moderna. Fuimos fundados por esa parte de Europa que no inventó la modernidad, pero también, al igual que la Península Ibérica en los siglos XVIII y XIX, miramos hacia la Europa moderna y —desde la Segunda Guerra Mundial— hacia Estados Unidos, como las sociedades que nos deben servir de inspiración para forjar nuestra propia

identidad. En el escenario de la post-Guerra Fría esto no es muy diferente. También, aunque es Occidente la civilización que alumbra lo moderno, en muchos de sus rasgos se trata de técnicas y modos de organización perfectamente traslapables a otras culturas. Esto ha sucedido de manera aparentemente incesante hasta nuestros días.

Sólo quien añore un mundo autorreferente, aislado y, desde luego, desconocido, podrá encontrar que este hecho constituya una fuente de enajenación. No pocas veces en la historia de la modernidad se ha querido escapar a este torbellino. Más todavía, en la política moderna la posición ante lo inescapable o promisorio de la modernidad ha sido un punto de fuga esencial. Chile, naturalmente, no puede pretender ser un espacio intocado por esta realidad. Las guerras napoleónicas y el lenguaje entonces empleado fueron las causas más remotas de la formación apresurada de los Estados hispanoamericanos y de nuestro país. Esto ha dejado una marca hasta el presente.

Más todavía, como dice Arturo Fontaine en el prólogo a estos documentos que presenta *Estudios Públicos*, la política chilena y su remolino de ideas ha tenido un carácter más universal o más global que la de otros países latinoamericanos, en especial más que la de los grandes: México, Brasil, Argentina. Por una parte, en el siglo XX la política chilena ha mantenido una asombrosa analogía, al menos formal, con el desarrollo de la cultura política europea. Por otro lado, en estos últimos treinta años las grandes figuras de la política y del Estado en Chile pasaron a ser imágenes de valor continental y hasta mundial, ya sea como modelo, como utopía o como antiutopía. Esto empieza algo tímidamente con Eduardo Frei Montalva; después se catapulta al estrellato con Salvador Allende, y tiene su *bête noire* en Augusto Pinochet. Todavía, en los años noventa, con algo de convencionalismo, Chile evoca la idea del “modelo”. Estas figuras hacen que Chile sea conocido e inteligible en el mundo, al menos inteligible según las categorías del receptor.

Más allá de las grandes figuras, las diversas persuasiones que se han desarrollado en el país han estado directamente influidas y hasta modeladas por ideas e ideologías de alcance global. En alguna manera, expresándolo ciertamente con exageración, el comunismo-anticomunismo —una gran polaridad del siglo— en Chile ha sido más antiguo que el comunismo. Existía potencialmente, como marxismo/antimarxismo, desde la “huelga de la carne” en 1905. Luis Emilio Recabarren fundó al antecesor del comunismo, el Partido Obrero Socialista, en 1912. Y en las elecciones de 1920 ya se esgrimió la posibilidad de que se repitiera la revolución bolchevique (o “maximalista”, como se decía entonces) en la costa del Pacífico sur. En los

años treinta, el elenco político chileno, de izquierda a derecha, repetía con casi total exactitud las tendencias políticas europeas.

De los años cuarenta a los ochenta, el país se encontró en el ojo del huracán de la Guerra Fría. Escasamente se debió a la importancia estratégica de Chile. El cobre ha sido importante, pero en caso de emergencia las potencias occidentales no se iban a poner de rodillas por no comprarlo en Chile. Los cuatro mil kilómetros de costa no podían significar mucho como valor geopolítico; lejos de los grandes teatros de operación, no es en el peso económico, territorial o militar donde se encontraba la significación internacional del país. En cambio, la imagen política del país sí tenía una gran irradiación en el continente. Con la espectacularidad de la elección de Allende esta realidad se multiplicó y se expandió, especialmente hacia Europa Occidental y hasta en Estados Unidos. Además, aunque la historia de Chile no permite afirmar que ha tenido como estructura inalterable un orden republicano democrático, desde la “crisis ideológica mundial”, en la antesala de la Segunda Guerra Mundial, hasta comienzos de los años setenta, hubo en este país un orden político efectivamente democrático.

Esto era importante para los chilenos y para los otros. Para nosotros era un motivo de sonrisa de tonalidad arrogante el mirar por encima del hombre a nuestros vecinos trasandinos y hacer sátira de sus “planteos”, la serie interminable de golpes y contragolpes militares que, junto al populismo, frustraron el desarrollo de la sociedad más moderna de la región. “Chile es diferente” es lo que escuchó la generación nuestra. En cierta manera era un artículo de fe desde comienzos de los años cuarenta. Para Estados Unidos, desde los años de la guerra, era importante mantener con vida a la “única democracia existente”, como repetidamente informaban sus responsables hacia América Latina. Por cierto, había otras razones generales, de pugna mundial, que justificaban esta acción norteamericana. Se trataba de la gran confrontación de Estados y de creencias o ideologías que sentó las bases de la Guerra Fría. El destino de Chile, o de Taiwan, de Somalia, o de Granada, por más diversas que fueran sus historias y sus propios conflictos, tenían un peso específico en la lucha global. La elección de un “proyecto socialista”, es decir, marxista, ponía de relieve la superioridad de un sistema sobre el otro en la pugna de las imágenes. Era un poderoso mensaje para aquellas zonas de inestabilidad, es decir, la gran mayoría de los países en donde no se había consolidado ni el “modelo occidental” (democracia y economía tendencialmente de mercado), ni el sistema marxista o totalitario.

Pero en Chile no había una ocupación extranjera ni una guerra civil. Eran las propias fuerzas políticas chilenas las que constituyeron polos de

atracción que emulaban, en lo ideológico, al gran marco de la confrontación global. El Chile político, como el Chile cultural por lo demás, desarrolló su identidad en sincronía y analogía casi instantáneas con las fuerzas que definían la política mundial. Incluso, la idea de representar una posición diferente al mero polo comunismo/anticomunismo era una respuesta a este desenvolvimiento global. El antimarxismo, sentimiento que inundaba de manera cambiante a una parte de la cultura política chilena, muestra los mismos tipos de argumentos que sus contrapartes en casi todo el mundo. Asimismo, desde los años treinta se había instalado una subcultura marxista en la política chilena, que tenía enormes ramificaciones regionales, gremiales y muchas veces familiares. El Partido Comunista (PC) constituyó un caso extraordinario de creación de un grupo disciplinado, movido en gran parte de su existencia por un impulso que se podría llamar “milenario político”, con su paradigma en la URSS. Esto fue parte de un sentimiento universal, pero con particular fuerza en el país. El PC sabía, además, extraer una notable capacidad de sacrificio y renunciamento de sus miembros, algo extraño en Chile salvo en ciertas órdenes o grupos religiosos.

#### **Las fuerzas chilenas y sus cambiantes relaciones con Washington**

No hacía falta recurrir a la historia de Estados Unidos como gran potencia regional para entender que muchos actores en Chile, si se sentían amenazados, iban a recurrir a Washington como fuente de asistencia. Los norteamericanos tenían, además, un presencia en la política chilena que antecedió a 1940, cuando la Segunda Guerra Mundial hizo que se originara aquello que con su porciúnculo de exageración el embajador Korry denomina “relaciones incestuosas” entre chilenos y norteamericanos. La importancia de la comunidad de percepciones se nos hace más patente si recordamos que, en 1971, el sector empresarial chileno no movió un dedo ni expresó ningún lamento público por la expropiación de la Gran Minería del cobre.

Los comunistas no podían experimentar ninguna sensación de cometer un acto incorrecto por orientar su política de acuerdo con la inspiración soviética, incluso contra toda razón y oportunidad, como cuando apoyaron la intervención en Checoslovaquia en 1968. El concepto de “patria del proletariado”, que era la URSS, imagen global en el comunismo en los años treinta, estaba todavía muy viva en el comunismo chileno hasta bien avanzados los años setenta. Esa patria era un estado de naturaleza reencon-

trada, donde no habría contradicción entre grupos ni entre naciones. ¿Por qué el “movimiento obrero” de Chile no reconocería que ahí estaban también sus intereses? ¿No era muy natural que todos los esfuerzos de los “sectores populares” debían dirigirse entonces contra el imperialismo?

Debe anotarse, dicho sea de paso, que en nuestro Chile, con las desmemorias de siempre —no tan únicas en el planeta—, *todas* las fuerzas políticas han mostrado en un momento o en otro, alternativamente, un ánimo pro y antinorteamericano. No era para menos, por el poderoso influjo que la sociedad creadora de lo moderno y del Estado-nación más poderoso del siglo ha arrojado sobre América Latina. Se ha dicho que la relación es de amor-odio, y parece que esta idea es certera. Alternativamente, así ha sucedido en el caso chileno. Los comunistas fueron pro norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, y por lo tanto alentaron la intervención de Washington. La izquierda volvería a hacerlo después de 1973. La derecha, aunque coincidiendo básicamente con la *Weltanschauung* económica y organizacional, en varias ocasiones ha destacado un “antiimperialismo” político, pero con una lógica que se deja ver: la de defender su modo de vida y sus sentimientos hacia el mundo moderno. La cultura política norteamericana le era casi tan extraña como lo era para la izquierda marxista.

La verdad es que a pesar de la interrelación política y económica, el conocimiento que había en el Chile de ese entonces acerca de Estados Unidos era muy escaso. La clase pensante chilena, en lo relacionado con la cultura política norteamericana, estaba abotargada por su aislamiento de país insular y su participación en el solipsismo latinoamericano; lo estaba por los prejuicios y los juicios ideológicos. En este sentido, los golpes a partir de 1973 enseñaron mucho a moros y cristianos, aunque el trasfondo de fascinación y rechazo por el *American way of life*, en sus variados aspectos, va a ser una mirada quizás permanente.

La idea que vendría a la mente, entonces, es que en vista de esta capacidad de penetración y aleación de Washington con sus “socios”, tanto mayor sería su capacidad de influir sobre los acontecimientos en Chile. Creemos, sin embargo, que la realidad era exactamente la contraria. El material que tenemos en este número de *Estudios Públicos* es un argumento adicional para ser escéptico ante la teoría del “agente”. Es cierto que es bastante grande la capacidad de influir que tiene una gran potencia como Estados Unidos y que es mayor cuando las categorías de civilización son relativamente convergentes, como en el caso presente, aun sin esos presuntos “socios”. Instituciones similares implican intereses similares cuando se encara a una coalición de intereses y visiones antagónicas. Y las grandes potencias, una constante de la historia, por el mero hecho de existir tienen

garantizada una cuota considerable de influencia unilateral. Las grandes potencias no desaparecerán en un mundo globalizado; lo vemos a diario en el escenario mundial. Pero estos “socios” chilenos no son marionetas; son parte de la historia de una sociedad pequeña pero provista de su propia dinámica. Poseen sus propias motivaciones y “distorsionan” todo mensaje, “orden” o impulso proveniente del Hermano Mayor. El socio mayor depende también de las necesidades y percepciones del socio menor. Salvo que el socio menor lo agrede directamente, Washington tiene que conllevar la coexistencia con esta región, incluyendo a estos países lejanos y hasta cierto punto incomprensibles para él.

De todas maneras, en diversas circunstancias Estados Unidos ha considerado necesario hacer llegar su mano no sólo para influir en las decisiones de política exterior de Chile, lo que sería natural, sino que ha intervenido como actor de la política interna, a la que miraba como parte de sus propios intereses. Pero aquí viene lo interesante. También todas las posiciones políticas en Chile, desde los treinta hasta los ochenta, en un momento u otro —por supuesto, no podía ser sincronizado— alentaron y/o favorecieron conscientemente la intervención de Washington. Desde mediados de los setenta tenemos documentada una parte de esta relación para la década anterior, hasta 1973; otra, de otra fuente, se revela en este número de *Estudios Públicos*. Menos presente en la atención pública de los chilenos está el hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial existía esta relación con Estados Unidos, y probablemente con la URSS.

Desde la derecha y el centro se contaba con una ayuda intermitente de Washington. Esto se tiene claro con el material proporcionado por los *Hearings* de la Comisión Church. En esos documentos se aludía al *probable* financiamiento de parte de la URSS. Pero también hay que añadir la voluntad política de incorporar a Washington como actor indirecto en el escenario político interno. Los comunistas, con su estrategia política a partir de la madrugada del 22 de junio de 1941 (sí, esta pedantería es necesaria; en esas horas se cambiaron titulares y algunas calificaciones), favorecían a toda costa una presencia norteamericana que no podía estar muy lejos del financiamiento de las “fuerzas antifascistas”. Después de 1973, la política de muchas fuerzas de izquierda y de centro alentaron una intervención de Washington en contra del gobierno militar. En los ochenta ya se tenían canales políticos y se usaba algo más *chic* como la National Endowment for Democracy. De más está decir que dichas fuerzas usaron los vínculos con Cuba, la URSS y otros para promover políticas en contra del gobierno militar, aunque parte de esa izquierda se retira de esta estrategia en los ochenta.



Esta situación, ¿testimonia un país “penetrado”, satelizado, entregado, sustraído de voluntad propia? No nos parece en lo más mínimo. Como se insiste poco después, los mismos documentos aquí presentados constituyen elocuente prueba del sentimiento de impotencia de los norteamericanos por no poder influir en el desenlace del país austral, a pesar de los recursos y las esperanzas colocados en sus políticas. Las fuerzas chilenas, el país mismo, son una parte de la política mundial, en gran medida por la sensibilidad de nuestra cultura política ante los acontecimientos globales. Precisamente, sin los cambios intelectuales y políticos ocurridos en el mundo en los años setenta y ochenta, no se explica la convergencia que se dio a fines de esta última década, ni el consenso nada de extraño de los noventa, por frágil que sea como toda criatura de la historia.

Todo esto prueba sencillamente que las fuerzas chilenas identificaban sus intereses no sólo con las estrategias de política exterior de alguna gran potencia —¿algo raro en esto en la historia universal?—, sino con la dinámica y las opciones políticas de su sociedad. Prueba que eran parte de una sociedad civil internacional que ha sido un poderoso motor del encuentro entre sociedades a lo largo del siglo, lo que se ha incrementado cuantitativamente en la década de los noventa. Prueba que la realidad que pueda haber en las palabras como democracia, socialismo, liberación, comunismo, dictadura, desarrollo... era una referencia del lenguaje de nuestra política. Que no haya sido sano para nuestro sistema político que esta coincidencia se expresara en un flujo de recursos, quizás es un elemento a considerarse. En todo caso, era insano que durante el “Estado de compromiso” fuera un artículo de fe que el sistema internacional o una potencia le debía a Chile una suerte de subsidio. Eso creó un mercado de ilusiones que hipotecó gravemente a la política chilena. Lo mismo se podría decir de los “dineros de la CIA” o del “oro de Moscú”.

Una somera lectura a la nueva documentación que revela *Estudios Públicos* no hace más que reforzar esta impresión. Nuevamente, es la “relación incestuosa” a la que se refiere el embajador Korry; sospecho que lo mismo se podría decir del Partido Comunista chileno y la URSS.

Los años sesenta en Chile presenciaron una creciente ebullición. La polarización política se incrementó notablemente. La insatisfacción con el “sistema” era patente, aunque no se puede desconocer la fuerza del sentimiento conservador, o al menos antirrevolucionario, representado, si se quiere, por las figuras emblemáticas de Eduardo Frei Montalva y de Jorge Alessandri. Esto creó un campo de fuerzas que parecía temible o excitante, pero de difícil manipulación. En esa década Chile fue la esperanza de fuerzas contradictorias. La Revolución Cubana provocó un activismo enor-

me de parte de Washington, inusitado desde los días del “Buen Vecino” de Franklin D. Roosevelt. Activismo que se encarnaba en la *young America* de John F. Kennedy. Su discurso de inauguración, el 20 de enero de 1961, fue un epítome del lenguaje del último momento de creencia ingenua en que el “sueño americano” podía lograrlo “todo”.

En nuestro continente esto se expresó en la Alianza para el Progreso, que operaría modernizadamente en los pueblos todavía atenazados por fuerzas retardatarias. El embajador Korry demuestra muy claramente cómo éste era el mapa mental con el que los hombres de la Casa Blanca miraron al Chile de los sesenta. En su escándalo, el embajador quizás olvida que una parte de las fuerzas políticas chilenas, especialmente la Democracia Cristiana, había sido educada mirando al reformismo norteamericano representado en Franklin D. Roosevelt; también tenía que mirar a John F. Kennedy como fuente de inspiración. Además, hasta mediados de la década de 1960 tuvieron el genio para seducir al *staff* de la Casa Blanca. Después hubo un enfriamiento, producto del cambio de prioridades en los años de Johnson y de la visión del nuevo equipo de Nixon. Es aquí donde el 4 de septiembre de 1970 cae como un terremoto. Washington adopta un tono público de prescindencia, para apoyar con discreción un acto semi-constitucional o un golpe de Estado con el objeto de impedir la subida de Allende al poder. A partir del 3 de noviembre siguiente, después de la tragedia Schneider, la Casa Blanca adopta la política, natural, de ir progresivamente retirando la ayuda a Chile; paralelamente apoyará con recursos financieros a la oposición política en Chile, que fue cada día encontrando menos fuentes de financiamiento por el progresivo control sobre la economía ejercido por el gobierno de la Unidad Popular<sup>1</sup>.

### El estrellato de Chile y los años de hierro

Pero toda esta situación, algo vislumbrada en esos años, pero sin ningún tipo de detalles, saltó a las primeras páginas con las noticias acerca del informe evacuado por la Comisión Church en 1974 y 1975. Esto fue parte de la atmósfera de Watergate y post-Vietnam, que puso en la picota al *establishment* norteamericano y que expresaba el profundo malestar y desengaño, con su cuota de histeria, de la sociedad norteamericana. Junto al material que emergía de los *Hearings* de la ITT, esto constituyó un caso

---

<sup>1</sup> Todo este desarrollo está tratado en mi libro *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (1985).

sensacional de revelación acerca de motivaciones y políticas adoptadas sigilosamente por Washington. Aunque parte de su carácter fuera previsible para cualquier estudioso de la política mundial, los detalles surtieron gran efecto, sobre todo por las simpatías generales que despertó Allende después de su muerte. Claramente, sobre este tema, Washington estuvo a la defensiva hasta fines de los setenta, y después también. Junto con los *Pentagon Papers* (revelaciones acerca del origen de la intervención en Vietnam), los *Hearings* sobre Chile constituyen un caso asombroso de cómo una gran potencia puede exponer sus motivaciones y sus políticas de manera pública, en medio de un gran sentimiento de culpa y de denuncia por la falta de moralidad del gobierno. Que esto haya sido así es harina de otro costal; pero no cabe ninguna duda que “el caso chileno” constituyó un momento de la crisis norteamericana.

Esto significó un nuevo estrellato para el caso de Chile. Además de la espectacularidad del Chile de la Unidad Popular, y del Chile de la “antiutopía” del gobierno militar, se añadió ahora el papel pasivo, pero de cierto protagonismo, que desempeñó en la crisis política norteamericana de los setenta. Esto culmina, en los medios de comunicación de masas, con la referencia a Chile en el debate presidencial televisado de septiembre de 1976 entre el retador Jimmy Carter y el Presidente Gerald Ford. El demócrata le enrostra a Ford la situación de Chile como producto de las políticas de la Casa Blanca.

Para aquilatar la importancia de los documentos que se presentan en este número hay que acotar este vasto problema. Fruto de estos hechos se produjo una fijación en las interpretaciones de la caída de la Unidad Popular, es decir, de las causas del 11 de septiembre. Que “la CIA desestabilizó a Allende”, como explicación final, pasó a ser un supuesto de la conversación acerca de Chile. El “acoso” norteamericano parecía ser la principal fuente de la crisis que llevó a la caída de Allende. Los militares, en último término, habrían actuado movidos por los hilos manipulados desde Washington. Según esta interpretación, en el origen de estas políticas estaban tanto obsesiones irracionales anticomunistas, que confundían toda reforma social con influencia comunista, como intereses económicos que se dañarían con políticas más acordes con los intereses nacionales, que serían las que habría promovido la Unidad Popular. Las emociones que concitó esta imagen se pueden ver en la película *Missing*, que en los años ochenta capturó la emoción de gran cantidad de público y que juega en torno a la idea de la manipulación norteamericana.

Es cierto que en el Chile de la década de los noventa esa interpretación de los hechos ya casi no existe. Pero en los setenta y ochenta configu-

ró gran parte de las emociones con que el mundo miró a Chile<sup>2</sup>. Que la CIA había dirigido la conspiración contra Allende, eso no se ponía en duda; que el 11 de septiembre fue tramado con los norteamericanos, tampoco se ponía en tela de juicio; que el gobierno militar a partir de 1975 empezó a tener serios roces con Washington, eso era algo que no se tenía en cuenta en la explicación; como tampoco se tenía en cuenta el hecho de que si había sido tan fácil para Estados Unidos derrocar a Allende, ¿por qué no obtuvo nada con los grandes recursos invertidos en los años sesenta, ni impidió el acceso al poder de la Unidad Popular después de las elecciones?

Éstas son las preguntas que ha formulado otra historiografía, otra “chilenología”, y que hoy día, con una mirada más analítica aunque con menos respuestas “prácticas”, tiende a predominar. Mas, por cierto, este tema no es una estrella del foro público<sup>3</sup>. En Chile o en Estados Unidos, los sesenta y los setenta constituyen lisa y llanamente “el pasado”. En nuestro país *todos* tienden un manto del olvido, aunque ocasionalmente le llamen “memoria”. Quizás ha llegado el momento de ejercitarla acompañada de una mirada inquisitiva, aun cuando sin aportar respuestas apresuradas. Al tratarse de los vínculos con Estados Unidos, tenemos un hecho monumentalmente nuevo. Junto con el fin de la Guerra Fría, las relaciones de Estados Unidos con Chile pasaron a una nueva categoría. El elemento ideológico —¿qué tipo de sociedad se deseaba y organizaba en el país austral?— dejó de ser una pregunta apremiante para Washington. Los chilenos, por su parte, con las cicatrices de los setenta y ochenta, abandonaron —por ahora— la mentalidad del “subsidio”, como había sido su costumbre a lo largo del siglo, y se han adaptado a un mundo cambiante no sólo en lo político.

<sup>2</sup> Entre la multitud de obras y artículos, se puede hacer un muestrario con Germán Marín, *Una historia fantástica y calculada: La CIA en el país de los chilenos* (1976); Seymour Hersh (conocido publicista y reportero del *The New York Times*), *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House* (1983); James Petras y Morris Morley, *The United States and Chile. Imperialism and the Overthrow of the Allende Government* (1976). En torno a *Missing*, está la obra de Thomas Hauser, *The Execution of Charles Horman* (1983). En los años noventa, Joan Garcés, que desempeñó una todavía no estudiada influencia en la acción política de Allende, vuelve con una interpretación en este estilo, *Soberanos e intervinidos. Chile, la Guerra Fría y después* (1995). No he tenido la oportunidad de leer una interpretación que está en esta línea, Poul Jensen, *The Garrote: U.S. Policy towards Chile* (1988).

<sup>3</sup> En mi libro citado en la nota 2 aparecen más datos, así como otras visiones. En esta década es interesante la apreciación general que hace Paul E. Sigmund en *The United States and Democracy in Chile* (1992), aunque no destaca el alto grado de involucramiento de la Casa Blanca de los Kennedy en Chile. También, en el contexto de las relaciones entre Chile y Estados Unidos, William F. Sater, *Chile and the United States: Empires in Conflict* (1990).

Es en este contexto que aparecen tan interesantes las expresiones del embajador Edward Korry, así como patéticamente distantes las minutas de las conversaciones de los soviéticos con los chilenos, aunque con una racionalidad específica.

### **El aporte del embajador Korry**

La exposición y la entrevista al embajador Korry muestran un hombre con el sello de una personalidad propia. Su mero estilo denota una formación de alto nivel, capaz de comprender con lenguaje sofisticado una realidad política compleja. Como no era diplomático de carrera, se permite tener opiniones categóricas acerca de hombres y situaciones, aunque no pocas de ellas nos parezcan algo arbitrarias. Por momentos entrega opiniones a diestra y siniestra. Su riqueza de lenguaje es capaz de transmitirnos atmósferas que los documentos oficiales generalmente ocultan. Su trayectoria lo anunciaba como un caso especial.

No se trataba de un enviado común. En el siglo, quizás sólo se pueda comparar con la importancia del embajador Claude Bowers (1939-1953). Aunque no tenía el acceso de éste a la Casa Blanca, estaba muy por encima de ser un enviado más a un país problemático, pero, en general, de escasa importancia para Washington. Su carrera era especial. Una educación en una universidad elite de la costa Este. El desempeño profesional del periodismo de gran nivel, con capacidad intelectual para entender la evolución de las ideas del siglo. Presenció los acontecimientos avasalladores en Europa Oriental después de 1945, así como el caso particular de Yugoslavia.

Hombre de los Kennedy, esto lo conducirá a las vías diplomáticas. El testimonio que aquí aparece, es posible especular, se originó en una relación de entusiasmo que en algún momento se quebró. No sabemos exactamente cuándo ni el porqué. Pero sus denuncias de fines de los setenta, que aquí amplía con mayor precisión, dejan ver una antigua querella que viene de antes de su llegada a Chile en octubre de 1967.

Antes de eso está su experiencia en Etiopía, que le sería muy rica en el plano personal y para su país. Planifica una política para África que ha recibido su plena justificación en los años noventa, cuando ya está archidesmitificado el "socialismo africano". Recibe la atención de Lyndon Johnson y del Secretario de Estado, Dean Rusk. Más premonitorio para el futuro tormentoso, lo visita Richard Nixon, cuando muchos ya lo consideraban un cadáver político. Pero el futuro presidente lo conservará en su

retina. Años después, le tocará observar impotente cómo la tragedia se cernirá sobre el Cuerno de África y sobre su propia política de entonces. En su conferencia, y en las notas a pie de página de la misma, el embajador Korry hace un paralelismo muy atinado entre la significación de Chile y Etiopía en la política mundial de los setenta. En el país africano sucedió la historia al revés, como parte de la Guerra Fría, a lo que siguió un millón de muertos. En los setenta era *chic* hablar sobre el carácter reaccionario del derrocado emperador y sobre la necesidad de los cambios. Esto ocultó un programa de “despotismo asiático” que escasamente provocó la indignación de quienes promovían los derechos humanos. África siguió pagando el “pecado” de ser África, como lo hace desde hace siglos.

Fue la actitud que se tuvo ante Chile, aunque aquí las cartas sean las contrarias. El embajador arribó al Pacífico sur cuando este país ya no estaba en las prioridades de Washington. En los años anteriores, en Washington se había escogido a Chile como “modelo”, en irónico contraste con los años noventa, cuando ha sido Chile el que principalmente se ha presentado a sí mismo como modelo. En ese entonces aparecía como la respuesta a la revolución castrista. La documentación que aquí se presenta no hace justicia al hecho de que Washington buscaba y se jugaba por varios “modelos”. Uno de ellos fue la Costa Rica de José Figueres. Pero no entusiasmaba mucho en el hemisferio. La otra carta era la Venezuela de Rómulo Betancourt, que se encontraba políticamente en gran precariedad. Pero allí, en general, para lo que se podía esperar, desde el punto de vista de Washington, la historia terminó bien; en cierta manera también para los venezolanos.

El tercer “modelo” fue Chile. En primer lugar, en este sentido, algo se entrevistó con Jorge Alessandri en la época de Eisenhower; pero ambas partes resultaron desengañadas. Mayor escepticismo hubo después en las relaciones entre el Paleta (Jorge Alessandri) y John F. Kennedy y su gente. El embajador Korry aporta aquí más material en este tema. La idea general ya la teníamos, incluso acerca del enamoramiento de la administración Kennedy con Chile, o la ingente cantidad de fondos empleados para ayudar a organizaciones no gubernamentales, como aquellos, asombrosamente altos, destinados para la campaña de 1964. Korry entrega detalles acerca del círculo que rodeaba a Kennedy y decidía la política hacia América Latina, en especial el caso de Ralph Dungan; aparece claro el papel relevante de la Iglesia Católica norteamericana. Acerca de estos años, Korry se refiere al acceso fácil que tenían los líderes de la Democracia Cristiana a la Casa Blanca. Esto había comenzado antes, pero se multiplicaría a partir de

1960-1962<sup>4</sup>. También habría que anotar el acceso al mundo social que diversos chilenos, generalmente de centro-izquierda, tenían en Washington, sobre todo a través de la CEPAL y otras organizaciones multilaterales. El embajador señala:

Mi única gran sorpresa al llegar a este país fue descubrir que los chilenos tenían un acceso mucho más influyente que yo a la Casa Blanca, a las agencias de mi gobierno, a las grandes corporaciones, a los cabilderos (*lobbyists*) mejor situados, a políticos, académicos y editores clave. (E. M. Korry, "Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU", *infra*.)

En su conjunto, opacarían en lo político los vínculos que tradicionalmente habían tenido líderes económicos o políticos chilenos, como los dueños de *El Mercurio*, por ejemplo. En todo esto se ve un activismo chileno tan decidido como el que muestran los norteamericanos, aunque el peso de cada uno, desde luego, sea muy diferente.

Lo que el embajador Korry nos muestra en su conferencia es el grado de voluntarismo que tenían los norteamericanos. Creían hallarse ante un nuevo caso de "Reconstrucción", es decir, la política de "reeducación" que surgió después de la derrota de los confederados en 1865. Lo mismo se produjo a raíz de la ocupación de Alemania y Japón a partir de 1945. Como señalé, John F. Kennedy y su mundo representan la última noción ingenua, *encantada*, de que un impulso modernizador que apoyase la versión chilena (o venezolana...) de la cultura política norteamericana llevaría a un sostenido proceso de modernización y democratización en el sur. Se trata de la traducción política de las ideas de W. W. Rostow en su conocido libro ("Manifiesto no comunista") *Las etapas del crecimiento económico* (1960). Según Korry, para la administración Kennedy:

El objetivo de este esfuerzo a escala realmente internacional era establecer una dinastía política de modo que Chile se convirtiera en un país lo suficientemente estable y confiable como para que valiera la pena una inversión estadounidense económica y social de US\$ 1.250 millones; así Chile encarnaría en los ámbitos político y social los ideales progresistas de sus mecenas norteamericanos. (E. M. Korry, "Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU", *infra*.)

Johnson saludó calurosamente el triunfo de Frei en 1964, y la ayuda se siguió proporcionando generosamente. Pero hacia 1967 las cosas habían

---

<sup>4</sup> Entrevista con Robert Phillips, 9 de enero de 1991, quien estuvo a cargo del Chilean Desk en el Departamento de Estado entre 1959 y 1961.

cambiado. En su recuento, Korry les da importancia a temas personales, sobresaliendo el rechazo que el nacionalismo retórico de Gabriel Valdés habría provocado en Washington. No estamos seguros que así haya sido, aunque después, en 1969, Nixon sí se molestó con Valdés. Quizás se trató del agobio que Vietnam y otros temas ejercían sobre la Casa Blanca lo que llevó a un cambio de prioridades. Esos enamoramientos norteamericanos nunca duran demasiado. Si no, que lo digan los chinos y los kurdos en nuestra época.

Ahora, lo cierto es que el Korry que llegó a Chile venía predispuesto contra la política de unión tan íntima entre el proyecto de Washington y el gobierno chileno y la Casa Blanca. Korry impuso su estilo de una manera que para el estudioso de las relaciones internacionales es extraña, mostrando una antipatía tal al canciller chileno, que ni siquiera pidió una entrevista con él. Aunque muestra un gran aprecio por Frei, como prácticamente todos los norteamericanos de entonces y de ahora, su testimonio está cruzado por la hostilidad a muchos líderes demócrata cristianos, lo que parece duplicar su desengaño con los demócratas de John F. Kennedy. Entrega detalles valiosos acerca de la “nacionalización pactada” del cobre en 1969, uno de los momentos cumbres de su acción política.

El embajador no apreciaba mayormente la candidatura de Alessandri. Y en su relato confirma que el gobierno norteamericano no le pasó ayuda directa a Alessandri, ni a Tomic, al parecer, aunque intereses norteamericanos en Chile sí que lo hicieron con el primero. En esto corrige acertadamente a Kissinger, en el sentido de que la candidatura de Alessandri no se perdió por un problema de dinero. El embajador proporciona además un documento sensacional, aunque no sensacionalista. Se trata del Informe de Contingencia, que Korry ha titulado “Fidelismo sin Fidel”, donde se establece el carácter de la Unidad Popular y la dinámica que seguiría si triunfaba en las elecciones de 1970:

En este informe se parte del supuesto de que Salvador Allende será el próximo presidente de Chile. [...] Las fuerzas políticas que Allende llevará a la Moneda pueden ser vistas en su conjunto como representantes de lo que cabría denominar “fidelismo sin Fidel”. En esencia, la Unidad Popular representa el mismo tipo de incómoda alianza entre nacionalistas revolucionarios y comunistas ortodoxos que Castro ha establecido en Cuba. Sin embargo, existen dos diferencias fundamentales: Allende, político transaccional por naturaleza, no es Fidel; y al Partido Comunista chileno, el socio dominante en la coalición de Allende, le cabe un papel político incomparablemente más activo que el que alguna vez desempeñó el PSP en su relación con Castro. Pese a estos factores creemos que la analogía anterior resulta útil al momento de trazar el curso que supuestamen-



te seguirá el gobierno de la Unidad Popular. Con las mismas variables fundamentales y análogos compromisos ideológicos en juego, prevemos una repetición de la experiencia cubana, al menos en términos programáticos, si no en lo referente al estilo revolucionario. (Informe de Contingencia, agosto de 1970, en “Chile en los archivos de EE UU”, *supra*.)

Por añadidura, el embajador pronostica, según sus recuerdos, el triunfo de Allende. Aconseja, entonces, la política que Washington debe seguir ¡que es la que efectivamente siguió la administración Nixon después de los coqueteos con Track I y Track II! Estos —Track I y Track II— fueron los intentos de provocar por medios constitucionales (pero abusivos) una nueva elección en la que Frei se pudiera presentar como candidato (I), y de provocar un golpe militar que “llamara a nuevas elecciones” (II).

En referencia a la situación en octubre de 1970, el embajador Korrry señala:

Por añadidura, las Fuerzas Armadas se habían comprometido irremisiblemente a no intervenir en el proceso político, aspecto que yo había planteado de manera enfática a Kissinger esa mañana, lo mismo que en reiterados cables. Cualquier intento por cambiar el punto de vista de los militares explotaría en la cara de Estados Unidos, ocasionando un enorme daño a los intereses norteamericanos y al propio Nixon, advertí. (E. M. Korrry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

Que Track I y Track II se hubieran podido producir es una conjuntura. Lo que interesa aquí son dos cosas. Primero, que todo plan se estrelló contra el hecho de que los líderes chilenos, empezando por Frei, por apabullado que se sintiera, no querían tomar iniciativa alguna. Segundo, que el propio embajador se opuso a toda intervención norteamericana, pero que Nixon y Kissinger pasaron por sobre él y se entendieron directamente con Henry Hecksher, el jefe de la CIA en Santiago. Costará creer que el embajador no captaba lo que debía hacer un jefe de la CIA bajo un Presidente como Nixon que sintió el resultado de las elecciones como una bofetada. Además, muchos chilenos, incluso de gobierno, pedían una “señal” de la embajada.

Pero tiene lógica la relación entre el Informe de Contingencia y la política seguida por la Casa Blanca a partir de noviembre de 1970. La Unidad Popular intentaría, como de hecho lo intentó, construir un sistema “socialista”, y, como parte de su lucha política, les sustraería el oxígeno financiero a los medios de prensa y a los partidos de oposición. Para impedir esto se gastaron casi 7 millones de dólares que se canalizaron a través de la CIA. En esa época, y en una economía como la chilena, en un

momento además de altísima inflación, como lo fue durante la Unidad Popular, con mercado negro y algunas otras variables, significa que deflactar el dólar (para estimar su “valor real” en ese entonces), no exprese todo su potencial y no sirva para entender la importancia de estos recursos. Lo mismo vale, aunque en menor medida, para años anteriores y para el apoyo soviético al Partido Comunista.

La política que aconsejaba el Informe de Contingencia para Estados Unidos consistía en mantener mínimas relaciones con Chile y dejar que Chile escogiera el tipo de relaciones que deseara. Después vendría la respuesta norteamericana. Me parece que, aun sin estar comprometido Estados Unidos con la planificación del 11 de septiembre, que tenía una lógica interna demasiado patente, los norteamericanos mandaron un “mensaje” a los oficiales chilenos de que los apoyarían en el gobierno si derrocaban a Allende.

Hay otro aspecto que recibe más detalle en el testimonio del embajador Korry. Se trata de la oferta de negociación que el embajador le hiciera a Allende en torno a la nacionalización del cobre. Hubo alusiones de esto en los *Hearings*, pero aquí aparece con detalles. Allende no estaba en principio en contra de llegar a un acuerdo con las compañías norteamericanas, ya que se pagaría en la práctica un precio muy bajo, pero chocaba contra el dogma de que “el imperialismo era culpable” y, por consiguiente, se topaba con el ala izquierda de la Unidad Popular, encabezada por Altamirano, que se opuso al acuerdo. Esto tiene coherencia con la política de apoyar a las fuerzas de oposición, ya que la Casa Blanca no deseaba focalizar su política hacia Santiago en un tema de “nacionalización”. En la atmósfera de los setenta era Allende quien cosechaba aplausos por este punto. Nixon tuvo que prestarle atención sólo porque poderosas corporaciones hicieron sentir su presión ante Washington. En este sentido, la política de Nixon y Kissinger tenía motivaciones estratégico-ideológicas. No se originaba en una defensa simple de “intereses capitalistas”, aunque no podía ignorarlos. De ahí que era bienvenida esta mediación de Korry, que muchos chilenos cercanos a Allende también favorecían.

La documentación que acompaña la conferencia de Edward M. Korry —notas a pie de página y apéndices— abunda en una multitud de facetas que son importantes para entender el Chile de entonces, como los intentos soviéticos de tener influencia militar. Me parece que el embajador exagera al sostener que los comunistas, al ver que el gobierno estaba fracasado hacia comienzos de 1973, se sentirían cómodos con un derrocamiento de Allende; según Korry, ésta sería la oportunidad de los comunistas para deshacerse de sus rivales de izquierda. Ciertamente es que esto ha pasado en otras partes, pero es altamente improbable que todo haya sido planificado tan racionalmente.

El aporte de Korry es el colofón a una campaña que el embajador efectuó en su época. Primero calló en aras de lo que consideraba un deber público. Después sintió que fue abandonado por Nixon y su gente, tomado como chivo expiatorio por el *The New York Times* y usado por la Comisión Church. Cuando quiso explicar el contexto de su actuación, ya Korry estaba satanizado por la política y por la prensa norteamericana. Los *Hearings* (audiencias) de la Comisión Church, dirigidos por los demócratas, habrían querido ocultar que en el origen de la intervención norteamericana estuvo la política de Kennedy, especialmente de Robert, de apoyar a Frei. Proteger a Kennedy y a Frei era el objetivo de Church; proteger a Frei era también la intención de la Casa Blanca de Nixon y Ford, ya que a mediados de los setenta todavía lo seguían considerando la mejor alternativa en Chile. Al respecto el embajador Korry afirma:

Pensar, como más de alguien lo ha hecho, que Washington me castigó con una suerte de excomunión debido a mis opiniones sobre Allende y Chile, es igualmente erróneo. El crimen imperdonable que cometí fue no tomar partido por ninguno de los bandos políticos en Washington, hacer caso omiso de la primera advertencia del equipo del senador Church en 1973: “Ayúdenos a liquidar a Kissinger y Nixon o lo liquidaremos a usted”. Como alguien absolutamente convencido desde comienzos de 1971 hasta mediados de 1974 de que había frustrado cualquier aventura, como alguien que en 1971 había escuchado testimonios muy convincentes de que en realidad había salvado a Estados Unidos y a Nixon de un desastre, ¿por qué iría a actuar en contra de aquellos que habían hecho caso de mis advertencias y apreciaciones? (E. M. Korry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

Se podrá disentir de estas interpretaciones, poderosamente sugeridas o confirmadas por el testimonio del embajador Korry. En cambio, lo que sí ellas entregan es que la “relación incestuosa”, como la llama Korry —o, como sería preferible denominarla, la interrelación entre chilenos y norteamericanos (o soviéticos)—, era parte de una dinámica interna de la sociedad política chilena. Desde el punto de vista norteamericano, la importancia de Chile radicaba en el “valor de demostración” que tenía su sistema político para la región e, incluso, para Europa Occidental. Todo esto podrá disgustar, pero refleja el verdadero tipo de importancia que Chile ha tenido en el sistema interamericano. Todavía, a fines de los noventa, “Chile como modelo”, en un contexto muy diferente, tiene algo de este valor.

Miradas así las cosas, lo sorprendente, y que estos documentos y el testimonio confirman y aumentan, es la frustración e incapacidad norteamericana por influir en los acontecimientos en Chile si es que no actúa de

consuno con actores que lean su interés de una manera convergente con los norteamericanos. No es improbable que en la época de la crisis ideológica mundial se hubieran producido muchas de estas situaciones. Era la manera como un país sensible al acontecer mundial imita o se apropia, copia o aprende, como parte del desarrollo de su propia identidad, el desarrollo de una historia mundial con la que mantiene un cordón umbilical desde sus orígenes.

### **La Unión Soviética, el Partido Comunista y la Unidad Popular**

Quienes hemos estudiado estos años y estos temas siempre añorábamos la posibilidad de poder comparar la relativamente rica información producida por la sociedad norteamericana con aquella que debía estar almacenada en los archivos soviéticos. Había un claro desequilibrio de información. Se hablaba mucho acerca de la CIA, pero la KGB estaba más en la penumbra. Muchos que estudiábamos estos problemas esperábamos el día en que estas fuentes estuvieran accesibles. ¿Cuándo será?, nos preguntábamos, seguros de que sería el día en que ya estaríamos muertos. De improvisto, los mismos ex soviéticos comenzaron entusiastamente, y algo anárquicamente también, a abrir a borbotones las fuentes de su material. Esto se ha enfriado en la segunda mitad de la década, pero de todas maneras ha permitido confirmar o modificar muchas hipótesis.

En el caso chileno, el material que se presenta en esta edición de *Estudios Públicos* hubiera creado otrora una sensación análoga a la que originó el Informe Church en su momento. Además, sería prudente decir que también hubo recursos proporcionados por otros canales distintos al de la fuente (Fondo Internacional) investigada en el trabajo de O. Uliánova y E. Fediakova. Como las historiadoras rusas lo plantean en otra parte de esta publicación, esto era parte “normal”, en cierta manera legítima, del entramado de la política mundial durante la Guerra Fría. Pero los soviéticos tenían escasa influencia en el curso de los acontecimientos en Chile, y es probable que su grado de persuasión sobre los comunistas, en políticas concretas, no fuera alto. El asunto era más bien al revés. Los comunistas criollos desarrollaron un alto grado de fidelidad a Moscú, y la fijación en el modelo soviético y en el marxismo ortodoxo operó como un pesado lastre en el juego político nacional.

Los comunistas, aunque flexibles y diestros en el juego político interno mientras habían sido oposición, una vez en el poder no tenían una

estrategia plausible para una “transición al socialismo”. Por otra parte, ocasionalmente reconocían la necesidad de negociar. En medio de estas contradicciones llegó el 11 de septiembre. Pero lo que aquí interesa es el paralelismo con los recursos que Estados Unidos envió a los actores chilenos. Al igual que “los gringos”, los soviéticos no crearon de la nada al comunismo criollo. Lo apoyaron, claro está. Esto ayuda a comprender el poderoso aparato desarrollado por el partido a lo largo del país, y el sustento humilde, pero decoroso y mínimo, que le permitía mantener a sus militantes. Por cierto, el comunismo también reunía recursos al interior del país, y no había dependencia unilateral de Moscú. Pero los soviéticos debían de cuidar a quienes todavía creían a machamartillo en ellos.

Cuando se trata de conocer las motivaciones tras las decisiones, no se puede comparar la cantidad y calidad del material soviético del que se dispone para análisis con la riqueza que ofrecen los *Hearning* y los documentos norteamericanos que se presentan en esta edición. ¿A qué se debe? Aparte del hecho de que todavía falta mucho papel que desempolvar, se podría decir que la URSS no seguía la política interventora de los norteamericanos. Los informes de los embajadores soviéticos acerca de sus conversaciones, por ejemplo, con Luis Corvalán y con Volodia Teitelboim, se asemejan a informes burocráticos o a notas para una investigación.

Aunque esta posibilidad “inocente” está contradicha por la información todavía fragmentaria acerca del financiamiento del Partido Comunista, existe otro elemento. Los documentos internos soviéticos —en diversos ámbitos, ya se han abierto miles de ellos— tenían un lenguaje convencional, estilizado, pedante, extremadamente burocrático. El escribiente tenía que usar todos los símbolos y referencias de un lenguaje escolástico hasta lo inverosímil, y hacer calzar todos los hechos con una dirección ideológica muy cuidada. Así y todo, en el juego dialéctico este sistema semántico tenía su lógica y sus fortalezas.

Los informes que poseemos pueden ser leídos desideologizadamente, y muchos podríamos coincidir con su apreciación de algunos aspectos, al menos, de la evolución política durante la Unidad Popular. Se puede aquilatar que los soviéticos, a tenor de esta documentación, eran previsiblemente partidarios de la estrategia de los comunistas, a quienes ven como amigos confiables, tal cual los norteamericanos miraban a diversos actores en esos años, a Frei especialmente. La diferencia es que aquí la *entente* está basada en una común participación en una paradigma ideológico del siglo XX. Cabe consignar aquí lo que dice un informe de la embajada soviética en Santiago, del 13 de octubre de 1970:

Si en vísperas de las elecciones el bloque izquierdista realizaba una estrategia autónoma de lucha por el poder, y no aceptaba efectivamente una amplia colaboración política con el PDC, después de las elecciones la etapa de transición exigió que esta línea fuera revisada. La invitación formulada al PDC a colaborar políticamente con el bloque de izquierda llegó a ser el eslabón central de la lucha por garantizar el traspaso del poder estatal a las manos del bloque de la Unidad Popular. El papel decisivo del Partido Comunista de Chile garantizó el cambio en la línea estratégica de los partidos políticos de izquierda. (Informe de la embajada de la URSS, 13 de octubre de 1970, en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*.)

Las historiadoras rusas explican el contexto de este material. Aquí sólo queda por destacar que reflejan la mirada soviética a Chile. Era una mirada desde lontananza, no demasiado comprometida. Los soviéticos sólo mostraron real interés en proporcionar recursos al Partido Comunista y en ofrecer al Ejército tentadores créditos con la idea de “peruanizarlo” a mediano plazo. Aunque felices de crearles un problema a los norteamericanos, no estaban dispuestos a arriesgar un choque frontal con éstos, ni menos a entrar en la obligación de subsidiar a la economía chilena como lo hacían con la cubana. En el párrafo que se cita a continuación se hace claramente la distinción: Chile es un país amigo “en vías de desarrollo”; no es “socialista”, por lo que no existen obligaciones incondicionales:

De esta manera, el plan de desarrollo del comercio soviético-chileno propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, pagarlos de inmediato en moneda firme [...]. (Informe del Instituto de América Latina, Academia de Ciencias de la URSS, *ca.* julio 1972, en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*.)

Además, la información recopilada trasunta desconfianza por la sabiduría de las medidas económicas concretas de la Unidad Popular, aunque se aprueben su estrategia y sus fines. En este sentido, Allende bebería su trago amargo en Moscú en diciembre de 1972.

Esto nos lleva al comienzo. El comunismo fue un actor chileno, así como también eran chilenos aquellos que sostenían sus esfuerzos políticos

con recursos canalizados a través de la CIA. Sus elecciones fueron básicamente producto de la historia chilena, a la que le era y le es inherente un alto grado de identificación con fuerzas globales. La responsabilidad, por la que comienza toda emancipación posible, recae siempre en escoger el modo deseable de orden social con sus contradicciones, insuficiencias y esperanzas. Sólo entonces se puede esperar que el mundo sea filtrado de acuerdo con las posibilidades del país.

## BIBLIOGRAFÍA

- “Chile en los archivos de Estados Unidos (1970). Documentos del embajador de EE UU en Chile (1967-1971), E. M. Korry”. *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- “Chile en los archivos de la URSS (1953-1973): Documentos del Comité Central del PCUS y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS”. *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Fernandois, Joaquín. *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.
- Fontaine Talavera, Arturo. “Estados Unidos y la Unión Soviética en Chile”. *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Garcés, Joan. *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después*. Santiago: Ediciones BAT, 1995.
- Congreso de los Estados Unidos. Senado. *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. Washington DC.: US Government Printing Office, 1975.
- Hauser, Thomas. *The Execution of Charles Horman*. Nueva York: Simon and Schuster, 1983.
- Hersh, Seymour. *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House*. Nueva York: Simon and Schuster, 1983.
- Jensen, Poul. *The Garrote: U.S. Policy towards Chile*. Aarhus, Dinamarca: Aarhus University Press, 1988.
- Korry, Edward M. “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos”. *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- ; Fernandois, Joaquín; Fontaine Talavera, Arturo. “El embajador E. M. Korry en el CEP”. *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Marín, Germán. *Una historia fantástica y calculada: La CIA en el país de los chilenos*. México: 1976.
- Petras, James; Morley, Morris. *The United States and Chile. Imperialism and the Overthrow of the Allende Government*. Londres: 1976.
- Sater, William F. *Chile and the United States: Empires in Conflict*. Athens, Londres: The University of Georgia Press, 1990.
- Sigmund, Paul E. *The United States and Democracy in Chile*. Londres, Baltimore: A Twentieth Century Fund Book. The Johns Hopkins University Press, 1992.
- Uliánova, Olga; Fediakova, Eugenia. “Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría”. *Estudios Públicos*, 72 (1998). □